

los escritores checos: la pasión por la verdad

Por Claude Roy

La "revolución" checa ha dado la palabra a los escritores, a los periodistas, a las gentes de la televisión, de la radio y ha otorgado el poder a los grupos progresistas en el interior del partido. ¿Expresan los "intelectuales" lo que piensan los obreros, los campesinos, los técnicos? ¿O defienden consciente o inconscientemente los intereses de una facción privilegiada? ¿Cómo ha podido ser inducida la literatura checa a jugar un papel político tan considerable?

A decir verdad, es necesario remontarse muy lejos en la historia para contestar estas preguntas. Desde la derrota de la Montaña Blanca, que oprimió durante tres siglos al país y sujetó Bohemia a la autoridad de la monarquía austro-húngara, no ha habido jamás aquí un "arte por el arte"; sino siempre una literatura por la libertad, y una cultura por la independencia. Uno de los primeros actos del emisario de la corte de Viena, el padre jesuita Konisch, es el de mandar quemar sesenta mil libros en lengua bohemia. Uno de los primeros decretos de la emperatriz María Teresa, es el que ordena que se destruya la nueva edición del tratado clásico de Balbin sobre la lengua checa. Durante tres siglos, los intelectuales y los escritores de la antigua Bohemia serán todos literatos y poetas convertidos en publicistas y agitadores "culturales". De Macha (1810-1836) a Jan Neruda (1834-1891), la gran poesía checa será lírica y patriótica. La reivindicación constante de la tradición histórica, de la autonomía cultural, terminará, asimismo, con escandalosas supercherías. Es así que en 1885 la revista que dirige el futuro presidente de la república checoslovaca, Masaryk, demostrará que los famosos *Manuscriptos de Králové Dvur*, descubiertos en 1817 por un erudito y que provocaron el entusiasmo de Europa entera por estos antiguos monumentos de la cultura bohemia, son una falsificación como los cantos del pseudobardo Ossion. Un "fraude patriótico" mucho más inocente, es verdad, que el del coronel Henry. Y un fraude innecesario, porque desde la primera imprenta de la Universidad de Praga (anterior en dos años a la Sorbona y en ocho a la de Oxford), a la obra del gran humorista Comenius, la cultura de "la nación de los hermanos moravos" no tiene necesidad de falsos manuscritos para sondear muy lejos sus raíces en el pasado.

La primera república, la de Masaryk, se ha podido definir, sin exageración, como la creadora de una vanguardia democrática de profesores, historiadores, intelectuales, escritores, artistas. Cuando en 1949 se instaura la República popular, no solamente el partido comunista no era un pequeño partido marginal, no solamente la "traición" de Munich y la actitud de la URSS desde 1936 hasta la liberación, hacen que se acoja a los soviéticos como "hermanos"; sino también el pensamiento marxista y la literatura "proletaria" tienen una sólida implantación en Checoslovaquia. Un historiador conservador de la literatura checa, podía constatar ya en 1930 que *casi todos los jóvenes poetas checos han sucumbido al contagio de la ideología comunista, con una sinceridad y una seriedad, que no carece de belleza*. De Jiri Walker a J. Seifert, de Hors al gran poeta Nezval, que será más tarde el genial y naif "poeta laureado" del periodo estalinista en Checoslovaquia por lo menos las dos terceras partes de los escritores importantes, son comunistas, comunistas o que manifiestan simpatía por la revolución. Cuando los comunistas toman el poder, disponen de un capital del que no gozó ningún partido ni ninguna otra democracia popular. Entre los emigrados de los años cincuentas se contarán excelentes artistas, escritores de talento. Pero a diferencia de Polonia, de Hungría, de la URSS, durante los años 1917 a 1920, de China popular misma (Hi-Shi, por ejemplo, pasó a Formosa), ningún escritor verdaderamente capital "escogerá la libertad".

He podido constatar, en el curso de diez estancias en Checoslovaquia, escalonadas entre 1949 y 1968, no solamente una descomposición creciente de la vida política y económica, sino también una desafección más y más violenta de la inteligencia checa frente a un régimen al que la mayoría de los escritores había acogido, ya con entusiasmo, ya con un prejuicio más bien favorable. Esto se debe a que los dirigentes de la Checoslovaquia "socialista", acumulan verdaderamente los errores, las locuras y a veces... los crímenes. Los soviéticos, hay que decirlo, han empujado la rueda.

Las dosis de embustes, de violencia,

de privilegios y de sanciones que estaban en la base de la estructura de la Unión de escritores, de las editoras del estado, de los ministerios de cultura, han sido aplicadas en Checoslovaquia como una calca exacta del "modelo soviético". Una "policía cultural" quisquillosa y sumisa se estableció poco a poco; pronto ruin y en algunas ocasiones feroz, sobre todos los sectores de la creación, de la investigación y del pensamiento. A pesar del cuidado de los dirigentes para favorecer a los escritores comunistas a los compañeros de ruta, a pesar de las facilidades financieras acordadas a los autores "seguros" (grandes tirajes, estancias de trabajo en el castillo de Dobruška, en las estaciones de reposo, facilidades para viajar etc.) es justamente entre los más entusiastas, los más sinceros y los más comprometidos de los escritores politizados que la crisis moral y la toma de conciencia serán más profundas. Aquellos que están más próximos al "secreto de los dioses", los intelectuales del régimen, los "revolucionarios profesionales" en el interior de los aparatos del partido, se darán cuenta más rápidamente de la gran separación entre el aparador y la trastienda, del foso existente entre las palabras y la realidad, de las imposturas, de las falsificaciones y de que la famosa democracia popular no es en realidad democracia ni popular, sino un estado policiaco y burocrático bajo la dirección soviética.

Los "consejeros" rusos estaban por todas partes. Ayudaban a organizar las estructuras de la enseñanza, de la creación, de la cultura. Dirigían la puesta en escena del proceso. En algunos años los escritores más combativos o los más benévolos, frente al gran proyecto socialista, se convirtieron, por una minoría cuyo prototipo es Neruda, en cínicos despreocupados y, para la mayoría, en opositores cada vez más inflexivos y resueltos. Es cierto que una gran parte de la juventud estudiosa tenía el aspecto de ser apolítica; el encanto tomaba provisionalmente el aspecto del desinterés, la desesperanza política, la máscara del rechazo a la política. Pero poco a poco se percibió que los que parecían haviéndose desilusionado, estaban solamente ávidos de una verdadera vida política. Se mantenían apartados de la declamación, de la rigidez hueca, de los simulacros de responsabilidad cívica, de las falsificaciones de la vida democrática, de las mentiras, del "como si". Cuando vieron una posibilidad de actuar verdaderamente, de hacer oír su voz, jugar el papel real de ciudadanos en el estado socialista, el despertar fue espectacular. Empezó con la rebelión abierta del congreso de escritores en 1967, anunciada desde hacía varios días por la protesta más y más visible de los periódicos literarios de Bratislava, Brno y de Praga. Esta revuelta so-

drá al movimiento en la cima, entre los responsables del partido, eliminando, en fin, a los dirigentes esclerosados y conservadores que se habían asegurado el monopolio del poder.

La libertad de expresión no es por cierto suficiente para la restauración de una auténtica democracia en una nación, para el redescubrimiento de una verdadera participación. Se puede, en rigor, concebir una información total, sin ninguna participación popular, y las democracias occidentales, frecuentemente dan el ejemplo de sociedades en las que todo el mundo, o casi, puede decir casi todo, pero en las que casi nadie puede hacer nada. La Checoslovaquia de 1968 muestra, por el contrario, una sociedad en la que la reconquista progresiva de las libertades de prensa, de televisión, de radio, de cine, de imprenta, hacen también, poco a poco posible el interés de todos y la acción de todos en la vida nacional. Lo que impresiona mucho de Praga no es tanto la reaparición de retratos de Masaryk o la formulación de puntos de vista centristas, liberales, católicos, demócrata-cristianos, sino el renacimiento de una izquierda, de una verdadera extrema izquierda. Checoslovaquia vive una ebullición intelectual comparable, a pesar de todas las diferencias, a la ebullición que conoció Francia en mayo y junio. Este fuego no carece de humaredas. Un atraso político-cultural de años, consecuencia de la opresión, de las falsas apariencias, no se elimina sin confusión, exhuberancia, ingenuidad, necedad y candor. Pero la vida regresa a un gran cuerpo, largo tiempo atado, anquilosado, exangüe. Es una atmósfera prodigiosamente excitante para el espíritu. Los reporteros van a entrevistar con un "franco cuestionario" admirable, a los antiguos dirigentes de la policía política para hacerlos que expliquen, cómo han sido amañados los procesos con la ayuda de los técnicos rusos. Se discute en la prensa el caso de Siniavsky y Daniel. Se publican en checo, indistintamente, obras sobre la autogestión yugoslava y los libros de Raymond Aron, Wright Mills y Deutcher, Che Guevara y las *Memorias* de De Gaulle, las estadísticas económicas de la industria checa sin alteraciones y los puntos de vista de Trotsky sin cortes, libros católicos y tratados de marxismo.

La sangre circula de nuevo. Desde que volvió la vida, hay esperanza, hay riesgos. La verdad, vista de frente, no revela sólo rayos de sol, sino también manchas. Lo que ha invadido inmediatamente la joven literatura checoslovaca, es *el acento de la verdad*. No se puede reflexionar, no se puede actuar, no se puede construir, sino a partir de la verdad. Los cineastas checos, los novelistas, los poetas, los críticos, dicen, al fin, la verdad. Nadie aquí parece creer que alguna verdad no deba conocerse.

El joven novelista y dramaturgo Milan Kurdes me dijo: "¿Grandes poetas? He-

mos tenido, los tenemos. Pero si quiere saber mi opinión, Checoslovaquia estaba enferma de lirismo. Cualquier pueblo subdesarrollado tiene una poesía. La poesía es el primer estado de desarrollo del individuo y de los pueblos, un estado aún narcisista e inconsciente, un signo de inmadurez. Tenemos cientos de clubes de poesía; nuestros poetas tiran decenas de miles de ejemplares. Aún bajo Stalin y Gortwald, hemos tenido una poesía sublime pero ciega. Lo que necesitamos ahora son clubes de filosofía, clubes de la razón."

De mi última estancia en Praga, este verano, sin haber podido establecer contacto, en Eslovaquia, con "la otra mitad" de la literatura checoslovaca, no puedo dar más que impresiones. Los que me han parecido los rasgos dominantes de la nueva ola de intelectuales checos no es el retorno a la superficie de corrientes nacionalistas muy explicables, o la seducción visible que pueden ejercer tendencias ideológicas que se pueden muy rápidamente etiquetar como "moderadas" o "de derecha" o "de izquierda" (¿La práctica de la libertad de expresión es de derecha o de izquierda? ¿En relación a quién? ¿Al generalísimo Stalin o al coronel Patakos?) Lo que parece dominar la literatura checa que se está haciendo (y rehaciendo) es, por una parte, esta tendencia común a las literaturas del este y que yo propondría llamar "la ironía crítica" y, por otra parte, el resurgimiento de un nuevo pensamiento político de izquierda.

La ironía crítica es, de hecho, la aparición a nivel de la escritura impresa, de un folklore oral que ha proliferado desde hace treinta años en la URSS y en los países socialistas, historias chuscas en las que se tomaba el partido de reirse de una situación que no se podía modificar. Hay un humor con matices comunes importantes en muchos de los nuevos creadores de la Europa oriental, por ejemplo, Slavomir Mrozek en Polonia, Itsvan Orkeny en Hungría. De Praga, entre los representantes más bri-

llantes de esto, que es más una actitud general que una escuela, podría citar a Bohumil Hrabal (n. en 1914) cuya novela, *Trenes estrechamente vigilados* inspiró el bello film de Jiri Menzel; el joven novelista Josef Skvorecky del que Gallimard publicó *La leyenda de Emoke*; el novelista y autor dramático Milos Macourek; el joven dramaturgo Vaclav Havel, que es uno de los representantes de lo que se puede definir, un poco esquemáticamente, como el "teatro del absurdo" checo.

Sin embargo, mencionar sólo esta tendencia espontánea y muy viva del humor, de la observación ridiculizante y aguda, de la ironía satírica, sería cometer una gran injusticia con obras muy diferentes. Antes que ser el redactor del notable manifiesto llamado de las diez mil palabras, Ludvik Vaculic es sobre todo el muy importante escritor de *El hacha*, que va a aparecer pronto en Francia. Sería necesario hablar largamente de Iván Klima, cuya pieza *El Castillo* ha marcado una etapa en el teatro; de Josef Topol de quien el Teatro de las Artes va a representar, el año próximo, *La gata sobre los rieles*; de los cuentos y novelas de Arnost Lustig, aún tocado por el universo de los campos de concentración. Sería necesario explorar también la nueva generación de filósofos, de teóricos de la economía y de la política, el resurgimiento de un marxismo no dogmático y deshelado que es uno de los fenómenos en vías de desarrollo de la cultura checa. En Checoslovaquia, durante el solsticio del verano 1968, entre las amenazas del exterior y las incertidumbres del interior, todo es posible, sí. Pero hay algo que es cierto y es que la literatura checa está reapareciendo con estrépito, con insolencia y profundidad en la escena de la cultura mundial después de que veinte años de hielo progresivo la habían hecho desaparecer.

[Le Monde, agosto de 1968. Traducción de Rebeca Lozada.]

